Yo, Manuel; él, Manuel

El Tren se fue deteniendo poco a poco en la estación Florida. Eran los primeros días de Junio, pero todavía seguía haciendo bastante calor, como si Abril se hubiera quedado eternamente, detenido en el tiempo; y ahí adentro, en el tren, todos apretados...

Ni bien se abrieron las puertas del vagón, codazo por aquí, codazo por allá, un par de disculpas y Manuel se encontraba fuera. Estaba cansado, se le veía en los ojos. Eso de trabajar como cadete para la empresa del tío lo estaba matando: lunes a Cabildo y Juramento a buscar tal paquete, martes a Tigre a llevar unas muestras de no-sé-qué a la oficina de no-sé-quién... miércoles irse hasta la oficina central de Edesur porque había habido un problema con una instalación eléctrica. Jueves... ese jueves lo habían mandado hasta Florida para comprar varias cosas. Bueno, al menos era jueves... ya faltaba menos para el finde... repasó en su cabeza la lista de mandados una vez más:

Los papeles

Los cables

Hacer los pagos

Retirar los cheques

Mandar el sobre

¿Algo más?

No. Nada. Bien, terminaría antes de las cuatro, si tenía suerte. Podría pasar un rato por el súper y ya hacer las compras de la cena, tenía que pasar por el banco también y, en una de esas, le daba tiempo de ir hasta...

La bocina del tren lo hizo saltar, ¿se había quedado parado en el medio de la estación? Se sintió tonto al imaginar lo que podrían haber pensado de él las demás personas que se encontraban allí. Siguió caminando, pasó por el costado de la plaza y vio un nene sentado a un costado de la calesita. Llevaba guardapolvo blanco, estaba comiendo un alfajor mientras miraba algo en el piso, seguramente algún bichito. Eso, por algún motivo, produjo una sonrisa que se extendió por su rostro. El chiquito se levantó entonces, se sacudió un poco la tierra, dirigió sus ojos hacia donde él estaba parado y su mirada causó una sensación extraña en el cadete.

Manuel sacudió su cabeza para aclarar las ideas y siguió caminando por San Martin, hacia Maipú. Paró en una ferretería a comprar los cables. Cuando salía, lo vio: El mismo nene de la plaza sentado en el escalón de la entrada a la ferretería sólo que ahora pudo verlo de cerca

Pelo negro, como *él*.

Ojos Marrones.

Piel blanca, mejillas rosas.

En su guardapolvos, *Manuel.*

Él, Manuel; él, Manuel. Le sonrió y se encontró con un espejo de su sonrisa, sólo que con un par de dientes menos. Por algún lado... por algún lado debía tener caramelos... ¡Sí! En el bolsillo. Le tendió la mano con dos caramelos de menta y Manuelito los agarró contento. Satisfecho, el Cadete siguió su camino.

Ya había hecho varias cuadras cuando se dio cuenta de que el nene del guardapolvo blanco lo seguía. Otra vez. Decidió parar, preguntarle qué necesitaba, pero lo único que obtuvo por respuesta fue una mirada muda. Insistió. Nada. Siguió caminando y así también lo hizo *su sombra.*

Cruzó una calle más, pero el chiquito no. Lo miró intensamente y dobló a la izquierda. Para cuando se dio cuenta de lo que hacía, Manuel corría tras el nene. Doblaron una, dos, tres veces y varias cuadras en línea recta. El chiquito paró cuando la calle se chocaba con la vía del tren. A su derecha, la plaza, en la otra esquina, un barcito chiquito.

Manuelito, como lo había apodado en su cabeza, metió la mano en el bolsillo de su delantal y le tendió un alfajor como el que había estado comiendo. Manuel, se sorprendió agarrándolo. Qué extraño, era como si ese día particular, no fuera capaz de controlar su cuerpo... Su mente y su ser estaban completamente desconectados, como si no fuera un ser humano completo. Como si fuera un autómata. Como si una fuerza mayor actuara por él.

Por un lado, su Cuerpo,

Por otro, su mente,

Por otro, su espíritu.

Y volvió en sí. Miraba fijo el alfajor en su mano, era de los que la abuela la compraba cuando era chico... Levantó la vista para agradecerle al chiquito, pero no lo vio por ningún lado. Fue entonces cuando vio las hamacas, los toboganes, los sube y baja y... un juego que reconoció al instante, de donde se había caído y quebrado un brazo ¡Cómo le dolió el golpe! Habían salido corriendo al hospital que estaba... a unas pocas cuadras. Y el bar ese era donde las tías se juntaban a tomar un café mientras los primos corrían y jugaban...

¿Se había olvidado, acaso, de todo eso? ¿Cómo podía ser? Desde que había muerto la Abuela Elvira no habían ido más a Florida y todos los recuerdos parecían haberse *esfumado* de su mente, toda su *infancia.* Luego, cuando comenzó a estudiar y después a trabajar no le quedaba *tiempo para recordar.* Perplejo, abrió el alfajor, dio un bocado y volvió la vista hacia donde había encontrado a Manuel al bajar del tren. Sonrió de nuevo y se fue caminando de vuelta para Maipú, pero esta vez, viendo todo con otros ojos.